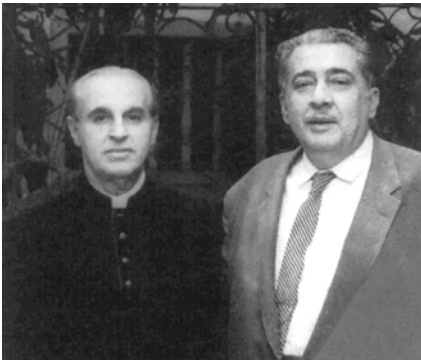


Un acercamiento a la impronta católica del Grupo Orígenes

Jorge Domingo Cuadriello

En los estudios literarios, al igual que en los correspondientes a otras manifestaciones de la cultura, no escasean las convenciones en el proceso de delimitar un período o una generación. Esas convenciones, que suelen ser esquemáticas y simplistas y casi siempre resultan muy discutibles, se apoyan por lo general en un acontecimiento histórico o en el año de nacimiento de un conjunto de autores. Así tenemos, por ejemplo, la Generación del 98 en España, marcada por el desastre colonial en América, y la Generación de los 50 en Cuba, integrada por un conjunto numeroso y heterogéneo de poetas que dieron a conocer sus primeras obras en esta década del siglo pasado. Dentro de esa relación de ejemplos también podemos incluir a los poetas conocidos como el Grupo Orígenes, en su caso agrupados en torno a la revista homónima que vio la luz en La Habana de 1944 a 1956.

El proceso de integración de ese grupo tuvo su inicio en otras revistas que le antecedieron como *Verbum* (1937), *Espuela de Plata* (1939-1941) y *Nadie Parecía* (1942-1944). Ya fuese como editores o como colaboradores de las mismas algunos jóvenes poetas fueron estableciendo lazos afectivos entre sí y animados por conceptos ideológicos aproximados, que no invalidaban criterios a veces divergentes, constituyeron este conocido y ya casi legendario grupo de escritores. Los unía el rechazo a las manifestaciones de la poesía cubana más divulgadas entonces: la afrocubana, la social y la neorromántica, que representaban, respectivamente, Nicolás Guillén, Manuel Navarro Luna y José Ángel Buesa. Los unía también la aversión al poema sentimental, vernáculo, cursi, facilista, anecdótico; se desmarcaban de nuestro anémico movimiento vanguardista, de los cantos patrióticos rimbombantes que con harta frecuencia eran premiados en los Juegos Florales organizados por distintos municipios del país y de todo intento de abordar a través del verso un asunto de política circunstancial, lo cual consideraban sumamente reprochable.



El padre Ángel Gaztelu (izquierda) junto a José Lezama Lima.

Si bien resulta fácil definir lo que aquel grupo de poetas rechazaba, más difícil es precisar aquello que los unía. No obstante, podemos señalar algunos puntos en común, entre ellos la elaboración del poema con un lenguaje elevado e imágenes novedosas, el interés por la reflexión filosófica, la especulación metafísica, la inquietud religiosa, el misterio del ser, la trascendencia humana y las espirales del tiempo. En estos autores prevalecía una profunda espiritualidad que iba más allá del intimismo para desembocar en problemáticas mucho más ecuménicas y colectivas. De acuerdo con la apreciación de Cintio Vitier, integrante de ese grupo y a la vez uno de los más profundos estudiosos del mismo, los cohesionaba “la misma voluntad de cada uno de integrar sus intuiciones, sus posibles apoderamientos de lo desconocido, en un destino absoluto poético a partir de dos supuestos radicales: la experiencia (tanto vital como cultural) y la palabra (en su deseo de identificación simbólica con la realidad).”¹

El surgimiento en 1944 de la revista *Orígenes*, que tuvo como editores a José Lezama Lima y a José Rodríguez Feo, la publicación en 1948 de la antología confeccionada por Vitier *Diez poetas cubanos 1937-1947* y la aparición cuatro años después de *Cincuenta años de poesía cubana 1902-1952*, colección elaborada por este último, terminó de definir los integrantes de dicho grupo de poetas: los ya mencionados Lezama Lima y Vitier y además Gastón Baquero, Eliseo Diego, Ángel Gaztelu, Fina García Marruz, Octavio Smith, Justo Rodríguez Santos, Virgilio Piñera y Lorenzo García Vega. De la lista anterior, los dos últimos no profesaron religión alguna y por lo tanto, de acuerdo con los objetivos del presente trabajo, quedarán al margen del mismo. Piñera en el plano personal y a través de su vasta e importante obra literaria, que abarcó además el teatro, la novela y el cuento, mantuvo siempre un sostenido descreimiento y una actitud negadora. García Vega, a pesar de haber estudiado en colegios de sacerdotes jesuitas, se distanció de la fe católica y asumió posiciones anticlericales, de lo cual dan testimonio algunas de sus

composiciones. El resto de los integrantes, que abrazó desde temprano el catolicismo y se mantuvo siempre fiel a él, será el objeto de nuestra atención.

Diversas fueron las rutas individuales que condujeron a cada uno de ellos a la fe religiosa. Ángel Gaztelu constituye el caso más elocuente: nacido en 1914 en Navarra en el seno de una familia muy católica, en 1927 arribó a Cuba, estudió la carrera eclesiástica en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio y cantó su primera misa en la Capilla del Colegio “La Inmaculada” en 1938. Sin lugar a dudas, por su formación como sacerdote y por su larga actividad pastoral fue el principal baluarte del catolicismo en el grupo.

Huérfano de padre desde muy pequeño, Lezama Lima se orientó hacia la fe católica de la mano de su madre, muy comprometida con esta creencia. Algo similar podemos decir de Octavio Smith. Su padre, notario, fue uno de los fundadores en 1925 de los Caballeros Católicos de Sagua la Grande y su madre fue miembro de la Tercera Orden Franciscana. Ambos le inculcaron desde niño la asistencia a la misa dominical y ya en su vida estudiantil Smith ingresó en la Juventud Universitaria Católica (JUC). También el padre de Eliseo Diego, el asturiano Constante de Diego, modesto escritor y próspero dueño de la Casa de Muebles “Borbolla”, desempeñó un papel esencial en la formación católica de su vástago. Por el contrario, Cintio Vitier, hijo del destacado pensador agnóstico Medardo Vitier, no recibió de su progenitor las enseñanzas del catolicismo. Sin embargo, adquirió el impulso hacia la búsqueda de respuestas a las preguntas esenciales de nuestra existencia y la tolerancia ante cada una de las múltiples conclusiones posibles. Tras recorrer ese camino muy personal arribó pronto y felizmente al encuentro con Dios en el seno de la Iglesia Romana. Esa fe contribuyó a una mayor identificación espiritual con Fina García Marruz, quien había recibido desde pequeña en su hogar una educación católica. Ambos contrajeron matrimonio y además de haber permanecido unidos hasta el presente han realizado en colaboración valiosas investigaciones literarias. Con respecto a Gastón Baquero, formado en un ambiente familiar no muy unido y de extracción social más humilde en comparación con los anteriores, debemos anotar que de acuerdo con algunas versiones no confirmadas aún por nosotros militó en su adolescencia y primera juventud en agrupaciones políticas contrarias a cualquier religión. Poco después se desvinculó de esas agrupaciones, abrazó el catolicismo y desde el punto de vista político asumió posiciones muy conservadoras que lo llevaron incluso, desafortunadamente, a identificarse con la dictadura de Batista. No conocemos el camino para llegar a Dios realizado por Justo Rodríguez Santos; mas la huella sugerente, implícita y discreta de su catolicismo sin estridencia es posible hallarla en algunas de sus composiciones, entre ellas “El río”, perteneciente a su libro *La belleza que el cielo no amortaja* (1950).

En el proceso de formación religiosa de estos autores no sólo intervinieron la elemental catequesis, las homilías y las Cartas Pastorales. Individuos letrados, con sed de conocimientos y avidez de aproximación crítica a diversas ideas, sus lecturas fueron más allá de la Biblia y de las obras de los apologistas cristianos como Orígenes y Tertuliano para incluir, en una muy diversa mezcla, a San Agustín, Pascal, Unamuno, San Juan de la Cruz, Chesterton, Santa Teresa, León Bloy, el diario de Charles du Bos y la producción poética de autores católicos tan disímiles con Paul Claudel, Rilke, Vallejo y Rimbaud. De igual modo, desempeñaron un importante papel en aquel proceso de formación, ya en un plano más personal e íntimo, dos destacados intelectuales españoles refugiados en Cuba como consecuencia de la Guerra Civil: Juan Ramón Jiménez y María Zambrano. El primero, poeta de innegable valor, hacía presente en su producción literaria el compromiso cristiano que sustentaba. La segunda, pensadora de amplia cultura, por medio de sus cursos y conferencias acercó aún más a aquellos autores al conocimiento de los místicos españoles y del pensamiento cristiano en la antigua Europa. Esa diversidad de fuentes nutricias enriqueció la catolicidad origenista y propició que estos autores asumieran el acto de creación poética con un universo conceptual más amplio, de más sugerentes aristas y amplias posibilidades de ser llevado a la literatura metafísico-religiosa que aspiraban forjar.

Sin embargo, no es menos cierto también que en algunas ocasiones aquella sorprendente combinación de lecturas de raíz cristiana y el vigoroso poder de fabulación de algunos de los miembros del Grupo Orígenes, en particular Lezama Lima, hicieron que rebasaran los límites de la ortodoxia católica. Como prueba podemos reproducir la siguiente anécdota, contada por Eliseo Diego en su evocación del autor de *Paradiso*:

Yo tenía entonces un auto y a veces fui a recogerlo para dar juntos un paseo. En una de aquellas salidas nos acompañó el padre Gaztelu, amigo suyo desde la juventud. Lezama hacía una larga disquisición acerca de la existencia del infierno, el cual, según él, se hallaba deshabitado. Todo eso apoyándose en filósofos de la Edad

Media. La disertación parecía no tener fin, y el padre intervino: “Vamos, Lezama, déjate ya de decir tonterías”. La respuesta del escritor no se hizo esperar: “Déjeme con mis pequeños disparates, que a nadie le hacen daño. Además, yo soy católico a mi manera.” A lo que Gaztelu ripostó: “Que es la única manera de no serlo.”ⁱⁱ

Al margen de esos deslices ocasionales que quizás en alguna oportunidad llevaron a la escritura, sin lugar a dudas estos ocho poetas mantuvieron en alto su compromiso con la fe católica y de diversa forma la manifestaron a través del poema: Gaztelu prefirió el ruego directo a Dios, Lezama la recreación de pasajes pertenecientes a personalidades de la historia del cristianismo, Fina García Marruz, Vitier y Gastón Baquero optaron por inspirarse en distintos episodios bíblicos, Smith le cantó a la Virgen María y llama la atención cómo Justo Rodríguez Santos hizo uso de un lenguaje que pone al descubierto vocablos de innegable raíz cristiana, como por ejemplo el término **transfiguración**, que empleó con frecuencia.



Parte del Grupo *Orígenes*. De izquierda a derecha: el padre Gaztelu, Fina García, Cintio Vitier, Bella García, Fernández Retamar y Eliseo Diego.

Considerado en su conjunto, el Grupo Orígenes puede ser estudiado desde distintos puntos de vista, entre ellos el uso de la imagen poética, su nivel de ruptura dentro del ámbito de la poesía cubana y su significación para nuestra cultura, en su sentido más amplio. También ofrece la virtud de estudiarse desde la perspectiva de su religiosidad. Ya lo apuntó Vitier por medio de la siguiente afirmación: “...basta recordar algunos textos – “Oración y meditación de la noche”, del padre Gaztelu; “San Juan de Patmos ante la Puerta Latina”, de Lezama; “Saúl sobre su espada”, de Baquero; “Transfiguración de Jesús en el Monte”, de Fina García Marruz – para señalar el peso del catolicismo en la obra de la mayoría de estos poetas.”ⁱⁱⁱ

De seguro el poco espacio disponible obligó a este ensayista a ofrecer tan breve relación, que bien puede ampliarse con otros ejemplos notables como los poemas “Palabras escritas en la arena por un inocente”, de Baquero; “Ante una imagen del sudario de Turín”, de Eliseo Diego; “Sonetos de la pobreza”, de Fina García Marruz; “Nocturno marino”, de Ángel Gaztelu; “A Santa Teresa sacando unos idolillos”, de Lezama Lima, “Tercetos a la Virgen”, de Octavio Smith, y “Palabras de Nicodemo”, del propio Vitier.

Quizás el más sobresaliente de todos estos poemas citados, desde el punto de vista de su honda raíz cristiana, sea “Oración y meditación de la noche”, de Gaztelu, cuyos versos de muy larga extensión nos vemos imposibilitados de reproducir aquí. En cambio, a modo de ejemplo de la huella católica en el Grupo Orígenes, copiaremos a continuación el soneto de Gastón Baquero “Nacimiento de Cristo”.

Por darle eternidad a cuanta alma
en hombre, flor o ave se aprisiona,
sustancia eterna ya brindóse en palma
salvando del martirio a la paloma.

La blanca sombra y el gentil aroma
que sus carnes exhalan; y la calma
de angustias plena que la frente asoma,

alma sin par desnudan en su alma.

Siendo recién venido eternidades
a sus ojos acuden en tristeza.
Ya nunca sonreirá. Hondas verdades
ciñéndole en tinieblas la cabeza,
van a ocultar su luz, sus potestades,
mientras en sombras la paloma reza.

Cuando los poetas católicos del Grupo Orígenes volcaban su fe religiosa en el poema lejos de estar inaugurando un sendero en el espacio de la poesía cubana le concedían una continuidad – muy elevada, eso sí – a una corriente conceptual que se remonta a “Espejo de paciencia”, de Silvestre de Balboa, y a los inicios de nuestra literatura. A esa corriente se sumaron más tarde otras figuras imprescindibles de nuestras letras como José María Heredia, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Jacinto Milanés, Plácido, Luisa Pérez de Zambrana, Eugenio Florit, Emilio Ballagas, José María Chacón y Calvo y Dulce María Loynaz. A pesar de la ofensiva atea que bajo las formas del positivismo,

del racionalismo y del materialismo recorrió a nivel mundial el siglo XX y no obstante la política oficial de ateísmo militante que padeció nuestro país décadas atrás esa corriente poética de esencia católica, aunque más débil, sigue viva entre nosotros. Como respaldo puede ostentar hoy, además de la fe que la anima, el valioso legado de los más importantes poetas del Grupo Orígenes.

ⁱ Vitier, Cintio Introducción a *Diez poetas cubanos 1937-1947*. La Habana, Ediciones Orígenes, 1948. p. 5.

ⁱⁱ Diego, Eliseo “Aquel mágico prodigioso llamado Lezama”. En *Cercanía de Lezama Lima* de Carlos Espinosa. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1986. p. 91.

ⁱⁱⁱ Vitier, Cintio *Para llegar a Orígenes*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1994. p. 71.